

SAN MARTÍN, Juan; LARRAÑAGA, Ramiro; CELAYA, Pedro: *El Damasquinado de Eibar*. Patronato del Museo de Eibar. Eibar, 1981. 120 págs.

La obra es una síntesis que condensa diversas noticias que recorren la historia del damasquinado en Eibar a lo largo de su desarrollo. Lleva la firma de tres autores: Juan San Martín, que prologa el libro (p. 13-15), presenta a grandes rasgos lo que significaron los Zuloaga en este arte; mientras que R. Larrañaga y Pedro Celaya firman la primera y segunda parte, respectivamente.

En la parte primera («El damasquinado y sus antecedentes», p. 17-76) Ramiro Larrañaga aborda la industria del damasquinado en 6 secciones: comienza presentándonos a la familia Zuloaga (p. 20-22) cuya genealogía arranca en Manuel de Zuloaga (s. XVIII) y continúa con datos biográficos de de su hijo Blas (n. Madrid 1782-1856), de su nieto Eusebio (n. Madrid, 1808-98), de Plácido, su bisnieto (n. Madrid, 1834) que fue padre del gran pintor Ignacio de Zuloaga. De esta forma nos presenta a los artífices (en su doble expresión) de la revolución en el arte del damasquinado.

Seguidamente se pasa a examinar los distintos procedimientos del grabado (p. 23-27) en donde, sucintamente, se hace una descripción de aquéllos: a buril manual, buril de golpe, a punzón y a rodana y otros varios (xilografía, al aguafuerte, a punta seca, al aguatinta, taracea, etc.); sección que completa con una descripción del utillaje imprescindible del damasquinador o grabador, ilustrándolo con una lámina que recoge y dibuja los principales instrumentos y herramientas.

Situados ya en la actividad, se pasa a examinar el Damasquinado de Eibar (p. 28-33) cuyos antecedentes sitúa en los grabadores del s. XVII (aunque manifiesta la sospecha de su anterior existencia) que a través de técnicas que preceden al auténtico damasquinado eibarrés (ataujía, nielado, gravación a golpe de punzón), dejaron muestras valiosas de su arte y prepararon una serie de operarios de elevada pericia. Entre éstos sitúa ya a Eusebio y Plácido de Zuloaga: con el primero (que aprendió el oficio de su tío Ramón) comenzará la historia del damasquinado de Eibar, pues al procedimiento de ataujía aprendido de su tío en el arte de decorar armas, Eusebio innovó dando origen a un nuevo procedimiento consistente en incrustar oro sobre una superficie de acero (previamente preparada con una punceta afilada); técnica que mejorará su hijo Plácido que cambia el picado a punceta por el realizado a cuchilla manualmente y por fricción. Se completa el apartado con una descripción de las herramientas (bola, pasta, etc.) y de la materia prima del damasquinado: el oro y la plata.

El cuarto apartado se dedica al estudio de otras labores en artes decorativas (p. 34-36), cuyo más afamado y antiguo representante sería el guipuz-

coano Andrés de Loidi, cuyas labores en decoración de armas datan de fines del s. XVI y comienzos del XVII. Labores éstas que fueron creando el gusto por adornar y embellecer los transformados metálicos (sobre todo armas blancas y de fuego) que en tanta cantidad salían de las ferrerías y fábricas artesanales vascongadas. Hecho éste que se estudia en el siguiente apartado, dedicado al acero, la espadería y otras labores relacionadas con Toledo (p. 37-39): aquí se realiza una interesante aproximación al vínculo existente entre las espaderías de Toledo y las ferrerías vascas, ya datado desde 1590 al menos; completándose con un pequeño ensayo sobre la materia prima de la espadería: el acero, tanto el damasquino como, sobre todo, con el excelente acero que se extraía y elaboraba en Mondragón (Peña de Udala), del que se hacían las famosas espadas de «perrillo» (o «morillo»), comparando las calidades de ambos materiales.

Por último el autor presenta la necesidad de un Museo que recoja las principales muestras del damasquinado de Eibar. Necesidad que aunque planteada desde comienzos de siglo, se manifestó ya en la exposición de la Escuela de Armería de Eibar (1927). Museo que, reducido a láminas, presenta en unas escogidas y magníficamente presentadas fotografías de importantes damasquinados: Mausoleado del general Prim y obras de Careaga, Alberdi, P. Sarasúa, Eusebio Zuloaga, Artamendi, Guisasaola, etc.

Pedro de Celaya firma la segunda parte del libro: «Pequeña historia del damasquinado eibarrés» (p. 77-107). En la misma y de forma concisa, presenta en 13 apartados una abigarrada serie de aspectos de esta industria. Comienza presentando al introductor del damasquinado: Eusebio Zuloaga, hijo del teniente armero mayor de la guardia de Corps, Blas; becado por Fernando VII, estudia en París y Saint-Etienne, instalando un taller de arcabuces en Eibar (hacia 1840), comienza un nuevo procedimiento de gravación (a estilo puncta), mejorando el de ataujía que ya se realizaba en Eibar en 1791. En un segundo apartado se estudia a su hijo Plácido, el «revolucionario del damasquinado» al introducir la técnica del estriado a cuchillo. Gran maestro, Plácido tendrá numerosos discípulos (más de 200), y a estos primeros discípulos se dedica el apartado tercero; para ello se emplea un cuaderno de cuentas del propio Plácido, en donde aparecen una larga serie de damasquinadores que trabajaron y aprendieron a sus órdenes: Ereña, Bascarán, Iriondo, Matxón, Urkía, Santa Agueda, Artamendi, Irigoyen, Ayerbe, etc.

¿Eibar o Toledo en el origen del damasquinado? Pedro Celaya se acerca al tema con un importante trabajo investigador. Fruto del mismo presenta la certeza de que a causa de la distancia y malas comunicaciones en la década de los 70 del s. XIX varios artistas eibarreses se trasladaron a Toledo para facilitar encargos que la Fábrica de Armas de esta ciudad hacía a la armería eibarresa desde una década antes. Armeros y damasquinadores varios

que fueron el núcleo inicial que extendió el arte a Toledo, y entre los que él encuentra a Julián Uranga (de Salinas), Eladio Uranga, José Osoro (de Eibar), Pascual Elola, Arriaga, Zubiaurre, etc. Pero, en un afán de objetividad, recoge las noticias del toledano Mariano Moragón, en el sentido de que el damasquinado es fruto paralelo de las investigaciones de los Zuloaga, de un lado, y de los toledanos Avецilla y Alvarez, del otro.

El apartado quinto es, sin duda, el más documentado. En él se presenta un denso estudio de los talleres que montaron a fines del XIX los primeros discípulos de Plácido Zuloaga, conservadores y divulgadores de la nueva técnica. Resalta el hecho de la transmisión de padres a hijos (o hijas) del oficio. El estudio comienza con la biografía del fundador del taller, seguida de sus continuadores y terminando con una lista de los principales operarios que tuvo. Se estudian de este modo los talleres de Víctor Arana, el fundado por los hermanos ataudarras Francisco y José Antonio Ayerbe (especialistas en trabajos de relieve), la casa Barrutia, Ereña, Pildain, Guisasola, Iraeta, talleres de Vicente Iriondo, Agustín Larrañaga, Larrañaga y Briet, Maturana (con ramas en Zarauz y Logroño), Sarasúa y Sarasqueta y Guruceta (unidos a Fausto Mendizábal) que tuvo operarios tan importantes como Timoteo Zubiarte.

No olvida el autor una aproximación a la divulgación del arte por Guipúzcoa y el resto de la Península, sin olvidar los diversos talleres que varios discípulos levantaron en el extranjero (París/Francia por Larrañaga-Sarasqueta-Lachelin, Pau, Hendaya, S. Remo, Interlaaken, Basilea, Buenos Aires, Rosario, etc.). Ni un minucioso estudio de las obras cumbre del damasquinado, como el panteón del general Prim (actualmente en Reus) y un altar de Loyola, obras ambas en las que participó Plácido de Zuloaga.

La labor de Pedro de Calaya se completa con la descripción del Museo de Zuloaga en Zumaya (su casa-estudio de Santiago-etxea); resalta la importancia que tuvo el oficio en la historia eibarresa; una lista no exhaustiva de otros muchos damasquinadores que resaltaron, terminando con un centenar y medio de voces usuales en artes decorativas, y un índice de 521 personas relacionadas con el damasquinado.

El resultado final es un libro interesante, contrastado por la firma de tres autores de nombrada relevancia en los estudios de armas (entre los que destacamos a R. Larrañaga) y presentado con gran lujo y calidad de láminas (51) que ilustran y completan el texto. Obra, en definitiva, de divulgación (que no desmerece, por ello, su calidad) y síntesis que muestra con claridad y sencillez lo que fue y significó el damasquinado en la industriosa villa de Eibar.